

LA “BATALLA CULTURAL” EN LA CIENCIA ECONÓMICA*

JESÚS HUERTA DE SOTO

Excmo. Sr. Presidente de la Nación Argentina, don Javier Gerardo Milei.

Excma. Sra. Rectora de la Universidad ESEADE, doña María Teresa Bistué y Excmo. Sr. Presidente de la misma don Ricardo Greco.

Ilmos. Sres. Decanos, autoridades académicas y políticas.

Profesores, alumnos y amigos de toda Argentina y, especialmente, Karina y Alberto Benegas Lynch (hijo):

Con gran humildad, pero a la vez con gran alegría e ilusión, agradezco emocionado este Doctorado honoris causa que me otorga la Universidad ESEADE. También agradezco muy especialmente, y considero un inmerecido y gran honor, las cariñosas palabras del Sr. Presidente de la Nación Argentina, quien desde el primer momento quiso hacerse cargo personalmente de mi presentación en este acto. Y también quiero manifestar mi felicidad por encontrarme rodeado de tantos y tan buenos amigos de Argentina, no solo presentes sino también no presentes, pues son literalmente miles los argentinos de toda edad y condición, que especialmente a lo largo del último año y medio me han manifestado su ardiente deseo de que les visitara en su gran país, y además lo han hecho con tal fervor y entusiasmo, que enseguida decidí visitar Argentina. Para mí cumplir su deseo y estar hoy aquí es el mayor de los privilegios y la mayor felicidad que un académico puede concebir.

Y es que hoy, Argentina, se ha convertido en un faro de luz y esperanza para todo el mundo. Sin duda alguna, la energía que impulsa esta luz proviene del propio Presidente de la Nación, que

* Discurso de agradecimiento dado por el profesor Jesús Huerta de Soto el 24 de abril de 2025 en Buenos Aires con motivo del Doctorado Honoris Causa otorgado por la Universidad ESEADE.

ha asumido el esfuerzo titánico de hacer avanzar la agenda de la libertad y ganar la iniciativa de la batalla cultural en todos los foros y ámbitos políticos y sociales, contra los socialistas de todos los partidos, sean de izquierdas o de derechas.

Y como académico y profesor de economía que soy, al igual que también lo era y lo sigue siendo mi colega el presidente Milei, hoy me gustaría dedicar este discurso a otra batalla cultural, igualmente importante aunque menos conocida, y que es la que se está librando en el ámbito de la Ciencia Económica.

Introducción: el surgimiento de una nueva Ciencia que revoluciona la Humanidad

Y para entenderla, hay que partir del surgimiento de la Economía, como ciencia más joven y que ha supuesto todo un hito en la historia de la Humanidad. Por primera vez se ha descubierto que la cooperación social voluntaria, libre de toda coacción estatal, genera un orden espontáneo, no diseñado ni organizado previamente por nadie, que impulsa la prosperidad y el avance de la civilización. Además, la Economía, como ciencia de la acción humana, se ha generalizado en toda una teoría de la libertad, entendida como el atributo más esencial de la naturaleza del ser humano. La libertad consiste en que toda acción e interacción humana se lleve a cabo de forma voluntaria, es decir, sin que exista coacción o violencia externa organizada e impuesta desde arriba por parte del siempre pequeño grupo que, con el título que sea, se arrogue en cada momento el ejercicio de la violencia que supone todo poder político.

La esencia de este mensaje y enseñanza es rotundamente revolucionaria. En la historia de la Humanidad, sucesivamente protagonizada por el ejercicio de la violencia ya sea de jefes de tribus, faraones, reyes absolutos o constitucionales, repúblicas autoritarias o democráticas; es decir, por los estados y sus gobernantes organizados que oprimen y tiranizan a sus pueblos; por primera vez se ha demostrado científicamente que los estados, en cualquiera de sus formas, no son necesarios; que la Sociedad, entendida como proceso de interacciones humanas voluntarias, no necesita que nadie la gobierne pues se autorregula y organiza sola y espontáneamente; y

que el intento de coordinar la Sociedad en base a mandatos coactivos emanados del Estado es científicamente imposible y está, por tanto, condenado al fracaso y a generar, como vemos todos los días, todo tipo de desajustes, violencias y conflictos.

La Ciencia Económica, además, desmonta y pone completamente al revés el erróneo y sesgado relato de Thomas Hobbes y sus acólitos. Ni el “estado de naturaleza” era una ineludible situación temible y terrorífica, ni jamás existió ni fue necesario un supuesto “acuerdo social” para crear y mantener un estado que pusiera orden y garantizara la paz: todo lo contrario, la evolución natural consistió, precisamente, en el surgimiento espontáneo del comercio y de los intercambios voluntarios. Y, por desgracia, apareciendo en paralelo los estados a modo de instituciones coactivas y parasitarias, compuestas de los seres humanos más antisociales y violentos, que deseaban (y desean) vivir a costa del expolio de los ciudadanos productivos a los que tiranizaban (y siguen tiranizando) de forma permanente (Oppenheimer, 2014). De manera que la Economía como nueva ciencia demuestra que la denominada por Étienne de la Boétie “servidumbre voluntaria”, es una antihumana aberración a la que secularmente ha estado sometido el ser humano. Es decir, la Ciencia Económica, por primera vez en la Historia, abre los ojos al género humano: ni es preciso continuar con la resignada costumbre de obedecer al Estado; ni los gobiernos gozan de una aureola de “sagrado” prestigio (sino que están literalmente “desnudos” de cualquier atributo de superioridad intelectual o moral); ni la casta —o “guardia pretoriana”— de intelectuales y supuestos expertos que siempre rodean a estados y gobernantes es intocable; ni debemos dejarnos comprar, seducir y engañar por los subsidios o prebendas con los que se quiere ganar la lealtad de los seres humanos explotados, para que consientan su situación de expolio y servidumbre de forma voluntaria y permanente (de la Boétie, 2022).

La Ciencia Económica ha alcanzado su máximo grado de desarrollo de la mano de la Escuela Austriaca de Economía, que debería llamarse “Escuela Española”, pues tiene sus primeros antecedentes en los escolásticos del siglo de Oro español. Esta Ciencia Económica, que es la que elabora la Escuela Austriaca, se fundamenta en el realismo de sus supuestos analíticos, en el

enfoque dinámico de su análisis basado en la capacidad empresarial, creativa y coordinadora de todo ser humano, y en el descubrimiento y estudio del orden autorregulado y espontáneo, del mercado y la Sociedad (Huerta de Soto, 2010). Fruto de ese proceso surgen una serie de instituciones que, a su vez, lo hacen posible, lo potencian y continuamente lo impulsan todavía más: la Ley en su sentido material y el Derecho (especialmente el Derecho de propiedad) que, aunque inserto ya de forma embrionaria e inseparable en la naturaleza humana, surge al margen del Estado y se descubre de forma evolutiva y consuetudinaria; la familia como institución imprescindible en torno a la cual se hace posible y consolida el avance de la Humanidad; los principios morales, que actúan como el verdadero “piloto automático” de la libertad y que se internalizan y transmiten de generación en generación, gracias a las familias, comunidades y a la religión; las instituciones económicas, y en especial el dinero que surge evolutivamente y al margen del Estado, y que puede y debe considerarse como la institución social por excelencia, pues al permitir superar los problemas del trueque, hace posible la multiplicación exponencial de los intercambios voluntarios y de las interacciones humanas, en cuyo seno precisamente se descubren, perfilan y perfeccionan el resto de las instituciones sociales, lingüísticas, morales, jurídicas, económicas y religiosas.

Sin embargo, este mensaje esencial de la Ciencia Económica a favor de la libertad, hasta ahora solo ha logrado un impacto muy imperfecto y limitado sobre la inercia de una realidad política secularmente caracterizada por el poder coactivo del estado, y por la servidumbre más o menos resignada de los gobernados. Impacto que, como mucho, solo se ha materializado en una serie de revoluciones “liberales” dirigidas, con tanta ingenuidad y arrogancia como falta de éxito, al objetivo imposible de tratar de separar y limitar los poderes de estados y gobernantes a través de constituciones políticas y democracias supuestamente liberales (Rothbard, 2021). Y es cierto, que la humanidad se ha visto impulsada como nunca en los lugares y momentos históricos donde ha conseguido, pese a todo, liberarse parcialmente del Estado, y abrir alguno de los nuevos canales de libertad que señalaban las enseñanzas de la Economía. Por ejemplo, comenzando con la Revolución Industrial,

que no fue sino un primer capítulo de la nunca culminada “Revolución de la libertad” impulsada por las enseñanzas de la Ciencia Económica. Y aunque relativamente parezca mucho —y de hecho, lo es— lo alcanzado en términos de prosperidad y nivel de vida por los hoy ya 8.000 millones de seres humanos, ni siquiera podemos concebir el nivel de vida y volumen de población que podría lograrse si la Humanidad pudiera aprovechar al máximo y culminar de forma completa las enseñanzas de la Ciencia Económica.

Como dice Hayek, podemos ser pocos y pobres, en un contexto de servidumbre y sometimiento al estado, o muchos y ricos, en un contexto de libertad (Hayek 1988, 133). El globo terráqueo prácticamente está vacío de seres humanos (la actual población de la tierra cabe en una extensión equivalente a poco más de la mitad del territorio argentino, con la densidad de población de Bruselas). Y ni siquiera podemos imaginar la prosperidad que podría lograrse en un mercado libre diariamente protagonizado por 80.000 e incluso 800.000 millones de seres humanos... Y es que la Economía demuestra que la prosperidad creciente de una población cada vez mayor, nunca resulta de planes estatales deliberados y coactivos, ni de la redistribución igualitaria de la renta, ni de incrementos del gasto público, ni de las subvenciones, ni de la deuda ni mucho menos de la inflación, sino que la prosperidad solo surge del mercado libre propio del sistema capitalista. El capitalismo es el proceso de intercambios voluntarios entre todos los seres humanos que, dotados de una innata capacidad empresarial y creativa, son capaces de detectar y evaluar a través del sistema de precios libres, la urgencia y necesidad relativa de cada bien y servicio, invirtiendo los recursos laborales y materiales necesarios para producirlos, superando así su escasez relativa y satisfaciendo cada día y de la mejor manera humanamente posible los deseos y necesidades de miles de millones de consumidores. Los empresarios que aciertan en ese proceso de búsqueda de beneficios que jamás se agota, acumulan importantes recursos que, a su vez, se ahorran e invierten en bienes de capital y nuevas tecnologías que hacen cada vez más productivos a los seres humanos, impulsando sus salarios y nivel de vida. Se genera así un proceso de prosperidad creciente y aumento de la población, que yo he calificado de “Big Bang Social

y empresarial” y que, si el Estado no interviene, jamás se detiene ni agota y que, por tanto, no tiene límites.

Por tanto, es de crucial importancia para la Humanidad que sea capaz de aprovechar al máximo esta enseñanza esencial a favor de la libertad humana que nos proporciona la Economía. Pero para ello es preciso desenmascarar cuáles son las poderosas fuerzas de la reacción pseudocientífica y contrarrevolucionaria que se han movilizado para impedir el avance de la teoría de la libertad que proporciona la Economía. Todas ellas tienen el mismo objetivo: tratar de justificar y mantener a toda costa la coacción estatal con una apariencia de respaldo científico e impedir la plena culminación de las enseñanzas de la Ciencia Económica en pos de la libertad de los seres humanos.

La contrarrevolución frente a la Ciencia Económica: corrientes reaccionarias pseudocientíficas

Vamos ahora a enumerar y comentar las principales corrientes reaccionarias pseudocientíficas que se confabulan contra la Economía, que constituyen, en la terminología de Hayek, “la contrarrevolución de la ciencia” (Hayek, 1955), y que se han infiltrado como un virus letal dentro de nuestra disciplina.

En primer lugar, *el positivismo y el cientismo* como pseudociencia. Por “cientismo” debemos entender la indebida aplicación del método de las ciencias naturales al ámbito de la Ciencia Económica. Así, mientras que las Ciencias Naturales estudian su objeto de investigación como algo externo, medible y cuantificable, la Economía estudia las implicaciones de las acciones voluntarias de los seres humanos. Y dado el carácter esencialmente creativo del ser humano, la supuesta “evidencia” empírica solo tiene, y en el mejor de los casos, un valor superficial, parcial y siempre históricamente contingente: en palabras de Bastiat, de “lo que se ve” —o mejor de lo que se cree haber visto— pero no “de lo que no se ve” (Bastiat, 2009, 47-105); y en el peor de los casos, el positivismo supone la aceptación implícita, de que los seres humanos son un objeto de investigación igualmente manipulable que el resto de los elementos del mundo exterior. Y así se introduce la premisa de que

corresponde al Estado y a su casta política diagnosticar todos los problemas y, utilizando la coacción, hacer que las cosas "mejoren", tal y como creen verlas en sus "fotos empíricas" históricamente contingentes. Pero estas "fotos empíricas" ocultan y no pueden recoger la esencia dinámica subyacente de los procesos sociales voluntarios, ni mucho menos lo que espontáneamente ya esté sucediendo para coordinar y solucionar los posibles desajustes. Por tanto, no es de extrañar que desde los primeros pasos de la Ciencia Económica impulsados por la Escuela Austriaca, sus más violentos opositores fueran los "socialistas de cátedra" aglutinados en torno a la Escuela Histórica alemana, reforzados en Francia por los empiristas de la escuela de Saint Simón, del demente de Comte y de Durkheim que pretendieron crear una nueva y alternativa pseudociencia social. Y su malsana influencia positivista y ultra empírica continúa hasta hoy, primero a través del Institucionalismo americano y después con los trabajos de recopilación masiva de datos empíricos como, por ejemplo, los de Wesley C. Mitchell o los de Henry Schultz, este último que tanto terminaría influyendo en su ayudante Milton Friedman y, a través de él, en toda la Escuela de Chicago.

En segundo lugar, tenemos *la pseudociencia de la economía neoclásica* que dice que solo es "ciencia" la suya, es decir, la que se basa, con carácter exclusivo, en los principios de equilibrio, maximización y constancia. Además, a la irrealidad de sus supuestos, añade el reduccionismo de un lenguaje matemático que ha surgido para dar respuesta a las necesidades de las ciencias naturales; pero que no permite dar entrada ni al concepto subjetivo de tiempo ni a la creatividad empresarial, que son inseparables de la naturaleza humana en libertad. Los neoclásicos desarrollan su pseudociencia a partir, no del ser humano real de carne y hueso, sino de unos "tipos ideales" que no son sino una especie de "pingüinos robotizados" que incluso en sus más sofisticados modelos (estocásticos y dinámicos de equilibrio general) se limitan a moverse y reaccionar ante los acontecimientos y la coacción del Estado como si fueran los monigotes de una especie de videojuego económico.

Pero la pseudociencia neoclásica, a pesar de su aparente sofisticación, es incapaz de dar cuenta de la inmensa complejidad del mundo real. Y se rebela contra la idea del orden espontáneo del

mercado por dos vías igualmente dañinas para la libertad humana: por un lado, impulsando la “ingeniería social” coactiva de bancos centrales, estados y gobernantes para, mediante el “finetuning” o ajuste fino, forzar y aproximar la tozuda realidad al óptimo matemático de sus modelos; por otro lado, y como dice Javier Milei calificando de “fallos de mercado” todo lo que no coincida con sus fantasmagóricos modelos de equilibrio y ajuste “perfecto” (Milei 2024). Es decir, si la realidad no coincide con los modelos, es la realidad la que está equivocada pero jamás los modelos matemáticos. Obsérvese además cómo la pseudociencia neoclásica necesita y se retroalimenta de los trabajos empíricos de la anterior pseudociencia, la positivista, por lo que positivistas y neoclásicos se alían y terminan reforzándose mutuamente en su agenda reaccionaria.

La tercera pseudociencia es la del *Keynesianismo y la macroeconomía*. Y es que el mero enfoque “macro” ya conlleva, un sesgo estatista en contra del orden espontáneo del mercado y de la libertad humana. Además, y como dijo F. A. Hayek en su discurso como Premio Nobel en 1974 (Hayek 2022), los macroeconomistas ignoran todo aquello que no pueden medir y, por tanto, no tienen en cuenta los procesos económicos y las teorías verdaderamente relevantes. Y a la vez se imaginan que tienen existencia “real” los macro agregados que aunque carecen de sentido económico, parece que pueden manipularse y someterse a tratamiento estadístico. De nuevo, la pseudociencia macroeconómica da la mano a la pseudociencia positivista y ambas se alían y refuerzan mutuamente. Además la ofensiva contrarrevolucionaria del Keynesianismo es especialmente dañina y perversa: no solo niega frontalmente la capacidad coordinadora de la función empresarial y del orden espontáneo del mercado, sino que además construye un modelo estático y alternativo de equilibrio con desempleo permanente, con el objetivo de justificar todo tipo de manipulaciones coactivas fiscales y monetarias. Y otra vez, la pseudociencia macroeconómica y Keynesiana se retroalimenta con el enfoque pseudocientífico de la Escuela Neoclásica, hasta el punto de que, por ejemplo, la denominada “síntesis neoclásica Keynesiana” llega a convertirse a lo largo del siglo XX en la principal fuerza reaccionaria dentro de la Ciencia Económica. Y es que, como nos dejó escrito Hayek, refiriéndose al modelo de equilibrio y a la macroeconomía: “una ciencia que parte

de la presunción de que posee información que no puede llegar a tener no es una ciencia” (Huerta de Soto, 2010, 121-124). Keynesianos y macroeconomistas se han convertido, pues, en los adalides de esa borrachera de estatismo, manipulación y poder político que constituye el marco, orquestado por gobiernos y bancos centrales, en el que, lamentablemente, nos vemos obligados a vivir y que continuamente genera graves crisis financieras, económicas y conflictos sociales.

Y en cuarto lugar, hemos dejado para el final el misticismo cuasirreligioso de la pseudociencia marxista, pues prácticamente el marxismo científicamente murió incluso antes de nacer: en efecto, fue coetáneo y teóricamente demolido por la revolución subjetivista protagonizada por la Escuela Austriaca de Economía que, con el desarrollo de su teoría del capital y de la preferencia temporal ya desde el principio evidenció las contradicciones, errores científicos y estafa intelectual del marxismo (Böhm-Bawerk 2000, 2022). Además, la teoría sobre la imposibilidad del estatismo y de una economía sin mercado libre desarrollada por la Escuela Austriaca a partir de L. von Mises de 1920 (Mises 2019), supuso el clavo definitivo que cerró para siempre el ataúd del cadáver de la pseudociencia marxista (Huerta de Soto, 1992). Todo ello, además, ilustrado históricamente con la caída de la extinta Unión Soviética, y de prácticamente el resto de los países comunistas, pero solo tras muchas décadas de indecible sufrimiento humano para una gran parte de la población mundial.

Pero a pesar del certificado de su defunción intelectual y del mayúsculo fracaso histórico del marxismo, ha vuelto a la carga con renovado vigor un “marxismo cultural” alternativo, que ha logrado introducirse subrepticamente en los más variados y relevantes intersticios sociales, políticos, religiosos y científicos, incluyendo, cómo no, los de la propia Ciencia Económica.

La guerra del “estatismo cultural” contra la Ciencia Económica

Y aquí hay que señalar cómo la Economía se encuentra literalmente invadida y corrompida por la ofensiva cultural protagonizada por los estatistas de todo pelaje. El paralelismo con el “marxismo

cultural” no puede ser más evidente, pues éste parte también de un fracaso científico e histórico notorio que, no obstante, se quiere revertir por la vía de los hechos consumados, la machacona repetición de consignas y la manipulación y control de los medios de enseñanza y comunicación, intelectuales y líderes sociales. Como es bien sabido, la estrategia del marxismo cultural evita el enfrentamiento directo pero de manera sinuosa va socavando, poco a poco, todos y cada uno de los principios básicos de la sociedad y del orden espontáneo del mercado. Por ejemplo: no se niega directamente la división biológica de los sexos, pero se defiende que, en última instancia, el sexo es una construcción intelectual que permite que cada cual opte por la suya; no se ataca a la familia tradicional, pero se defiende que es solamente uno más entre otros múltiples acuerdos de convivencia, todos ellos igualmente respetables; no se ataca al cristianismo pero se considera que es igualmente de humanista y aceptable cualquier otro sistema de creencias religiosas o morales; no se critica la igualdad ante la ley, pero se insiste en que lo importante es la igualdad de oportunidades y, sobre todo, de resultados; no se niega la libertad de empresa, pero se alaba y se da preponderancia a lo público frente a lo privado; no se condena la riqueza per se, pero se repite hasta la saciedad que si hay ricos es a costa de los pobres. Y a base de repetir una y mil veces estas y otras consignas similares se logra convertirlas, como decía el nazi de Goebbels, en verdades “oficiales” que pasan a ser automáticamente aceptadas por la mayoría y a formar parte del ideario “políticamente correcto” y, por tanto, hegemónico.

Pues bien, en paralelo a este “marxismo cultural”, se ha consolidado en nuestra Ciencia un “estatismo cultural” que se inicia desde el momento mismo en que la Economía evidencia cómo los procesos de la acción humana en libertad, impulsan tal prosperidad, que dejan en evidencia a los estatistas y castas políticas de todo tipo, que inmediatamente con gran temor a perder su poder coactivo entran en estado de shock y desasosiego.

Y es precisamente como reacción ante esta realidad tan peligrosa para el “statu quo” político, cómo surgen una a una y se alientan desde el poder las corrientes pseudocientíficas que acabamos de comentar. Todas ellas comparten el mismo denominador común: intentar por todos los medios rebajar la trascendencia

revolucionaria del respaldo científico dado por la Economía a la libertad humana, al mercado libre y a la libertad de empresa; y tratar de justificar a toda costa la existencia y engrandecimiento del Estado como órgano de coacción institucional. Intentando que los seres humanos consideren inevitable y acepten con resignación y mansedumbre su situación servil, y con el respaldo además del supuesto e indiscutible “consenso” científico de una legión de expertos académicos que, como no, viven en su mayoría a sueldo del propio Estado.

Y así, y dentro de la *pseudociencia empírica*, vemos cómo se somete cada parcela de la vida social al más intenso escrutinio empírico, con la ilusoria finalidad de obtener en cada momento una “evidencia objetiva” que pueda guiar la intervención coactiva de los gobernantes. Cada año miles y miles de trabajos de investigación empírica son profusamente financiados y alentados por gobiernos, universidades e instituciones y fundaciones públicas y privadas, dando empleo a miles y miles de economistas, que terminan creyéndose que así podrán entender y predecir lo que va a suceder en la economía real (Hansen, 2019). Por otro lado, la *pseudociencia neoclásica* rebaja al máximo la fe en la libertad humana y en los mercados libres. Para ellos como los mercados no son “perfectos” resulta imprescindible la intervención coactiva de los gobiernos para forzar la realidad hacia el ideal descrito en sus modelos matemáticos. Deliberadamente pasan por alto, y rechazan siquiera pensar, que los mercados son procesos humanos que jamás están en equilibrio ni mucho menos son “perfectos”, pero que, aun así, hacen posible e impulsan la creatividad humana, la coordinación, la paz y la prosperidad con una intensidad que no puede reproducirse, ni de lejos, por ningún sistema estatal de ajuste coactivo (Huerta de Soto 1992, capítulo 3).

Y son multitud los economistas profesionales que se dedican a colaborar con la dirección estatista de la economía mediante el “fine-tuning” y la ingeniería social. Enfoque que alcanza hoy en día su máximo grado de intervención y sometimiento del ciudadano a través de la *pseudociencia macroeconómica* que aplican gobiernos y bancos centrales empeñados en el objetivo imposible de garantizar la estabilidad financiera y la prosperidad mediante la manipulación fiscal, monetaria y de los tipos de interés (Romer,

2006). La pasión por dirigir, ordenar, mandar, regular, gastar, endeudarse y fijar precios y, sobre todo, tipos de interés, se ha convertido en una de las características más evidentes y trágicas de las economías modernas. En este contexto una y otra vez se crean y repiten machaconamente inverosímiles relatos como, por ejemplo, el de que gracias a la activa intervención de los bancos centrales se evitaron grandísimos males, tanto tras la Gran Recesión de 2008 (por cierto, provocada por los propios Bancos Centrales), como con motivo de la última Pandemia (cuya intervención generó a partir de 2021 la más grave inflación experimentada en 40 años y que ninguno de ellos previó). Y cuando los hechos, siempre tozudos, no permiten seguir ocultando el fracaso mayúsculo de la manipulación coactiva fiscal y monetaria, los representantes más distinguidos de estas corrientes pseudocientíficas, lejos de amilanarse y humildemente reconocer sus errores y limitaciones, se apresuran a declarar, por ejemplo, como hizo Ben Bernanke en relación con el modelo utilizado por el Banco de Inglaterra (*Financial Times*, 12 de abril de 2024), que todo se debió a que los correspondientes modelos no fueron lo suficientemente sofisticados; y a que, por ejemplo, las 500 variables y 170 ecuaciones del modelo [denominado FRB/US] de la Reserva Federal (*Wall Street Journal*, 19 de abril de 2024) eran claramente insuficientes, por lo que se hace preciso incrementar mucho más el número de variables y ecuaciones, para llegar a describir y manipular como se debe la complejísima realidad. Y aunque toda una presidenta del Banco Central Europeo, como Christine Lagarde, por fin terminara reconociendo que su principal error fue el de creerse las predicciones del modelo matemático que le presentaron en su institución (*Financial Times*, 27 de octubre de 2023), de nada sirvió ese ataque de sinceridad, pues, a pesar de ello y todavía hoy, continúa pretendiendo orientar la política monetaria de la Eurozona en base a la “evidencia” empírica de cada momento y a los modelos (eso sí, supuestamente mejorados) que le siguen presentando los burócratas y funcionarios de turno encabezados por su “Economista” jefe, Philipp Lane.

Toda esta increíble situación solo puede entenderse teniendo en cuenta el control institucional que han llegado a alcanzar las corrientes pseudocientíficas de la reacción contrarrevolucionaria dentro de la Ciencia Económica. La inmensa mayoría de los Departamentos de

Economía están insertos en Universidades que, o son de titularidad pública, o reciben una cuantiosa financiación pública. Sus programas de enseñanza son decididos por funcionarios al servicio del Estado o de las propias universidades, con el objetivo prioritario de formar expertos en intervención pública que impulsen el ideario estatista. Y, todo el proceso de acreditación, selección y promoción del profesorado está condicionado por este “estatismo cultural”, como también lo están las revistas científicas “más prestigiosas” (JCR), en las que los jóvenes profesores e investigadores se ven forzados continuamente a publicar si es que quieren avanzar en su carrera profesional. Y el mismo sesgo pro estatista puede encontrarse en la concesión de subvenciones a la investigación, Premios Nacionales e Internacionales de Economía, así como en la agenda económica de los organismos internacionales públicos o privados. En suma, el triunfo del “estatismo cultural” dentro de la Ciencia Económica está siendo claro y rotundo y de hecho, puede considerarse que, en términos relativos, supera incluso al evidente y creciente éxito que hasta ahora está teniendo el marxismo cultural en la batalla de las ideas.

El papel de los “inocentes útiles” en la guerra del “estatismo cultural” contra la Ciencia Económica

También debemos hacer mención al papel que, en la batalla cultural contra el estatismo tienen economistas, universidades y medios de comunicación que, aunque defienden la libertad y la economía de mercado, podríamos calificarlos de “inocentes útiles” en la terminología de Mises (Mises 2022). Esto es así porque, aunque se opongan al estatismo y defiendan la libertad, sin embargo, por aceptar aunque sea parcialmente algunos de los postulados de las corrientes reaccionarias pseudocientíficas que hemos descrito, terminan en última instancia, sin quererlo y muy a su pesar, dando impulsos adicionales a la reacción estatista dentro de nuestra disciplina, y especialmente cuando se empeñan en asesorar a los estados para que sean más eficientes y hagan un poco mejor cosas que estos no deberían hacer en forma alguna.

Así, y a modo de ilustración, podría caer en esta categoría de “inocente útil” un pensador tan incuestionablemente liberal como

el Karl Popper de *La Sociedad abierta y sus enemigos* (Popper 1966, 396), en cuyo libro, no solo se admira la “capacidad científica” e incluso el “humanismo” de Karl Marx, sino que, y ello es aún peor, se termina proponiendo como alternativa, una estrategia de “piece-meal social engineering” o micro ingeniería social coactiva, con el objetivo de poder enjuiciar en cada caso y en función de sus resultados empíricos lo acertado o no de cada medida de intervención coactiva del Estado. Otro ejemplo de “inocente útil” podría ser el de George Stigler cuando llegó a manifestar (Stigler 1975, pp. 1-13) que solo la evidencia empírica podría dilucidar qué sistema económico, el socialismo o el capitalismo, podría funcionar y cuál no (lo que presupone que previamente habría que “probarlos” antes de decidirse, con el inmenso coste social que, como tristemente sabemos, ese tipo de “pruebas” puede llegar a tener). Uno y otro, Karl Popper y George Stigler, a pesar de su liberalismo, proponen, como otros muchos, que los especialistas en intervención actúen como “aprendices de brujo” utilizando la ingeniería social (aunque sea “piece-meal”) y los estudios empíricos, que constituyen la esencia de las corrientes estatistas pseudocientíficas y reaccionarias de nuestra disciplina. “Aprendices de brujo” comparables con aquellos otros que, en el campo de la biología y la medicina, respaldan, por ejemplo, la manipulación genética de virus, inicialmente inocuos para el hombre en su estado natural, con el objetivo de que puedan infectar el organismo humano (lo que eufemísticamente se denomina “ganancia de función”), so pretexto de hacer avanzar la ciencia, pero con el riesgo inmenso de terminar generando (como parece que ya puede haber sido así) gravísimas pandemias.

Y también, a menudo han caído en esta categoría de “inocentes útiles” en la guerra del “estatismo cultural” contra la Ciencia Económica los miembros de la Escuela de Chicago y, en particular, economistas liberales tan conspicuos como Gary Becker o, sobre todo, Milton Friedman. Becker defendiendo a capa y espada el reduccionismo metodológico al empecinarse en considerar que solo es “ciencia” económica la elaborada dentro de los estrictos límites del equilibrio, la constancia y la maximización propios de la pseudociencia neoclásica.

Y más inquietante aún podría considerarse el caso de Milton Friedman cuyo muy sincero amor a la libertad e intenso apoyo

mediático a los mercados libres, contrasta con su enfoque basado en la pseudociencia de la macroeconomía, en los agregados de origen Keynesiano, en el empirismo positivista y en la plena aceptación del irrealismo de los supuestos. Solo así se explica una letanía de errores y concesiones científicas de Friedman que, muy a su pesar, han terminado en última instancia reforzando el intervencionismo estatista. Por ejemplo, cuando dejó fuera de su mecanicista teoría cuantitativa del dinero lo más importante: a saber, la distorsión que la inflación genera en los precios relativos; o cuando, ninguneando la teoría austriaca del capital y de los ciclos, achacó las recesiones exclusivamente a que los bancos centrales no inyectaron lo suficiente, alentando así su letal intervencionismo; o, por ejemplo, cuando concluyó que la Gran Depresión de 1929 se debió a que la Reserva Federal no intervino lo suficiente (!), argumento utilizado hasta la saciedad como justificación (por ejemplo, por Ben Bernanke y otros muchos) de las políticas heterodoxas de laxitud monetaria y “quantitative easing” emprendidas masivamente antes y tras la Gran Recesión de 2008 y posteriormente con motivo de la última Pandemia, con los graves efectos inflacionarios que han terminado generando; o como cuando Friedman ideó e impulsó la introducción de las retenciones para aumentar la “eficiencia recaudatoria” del sistema fiscal norteamericano tras la Segunda Guerra Mundial; o cuando los estatistas se apresuraron a apropiarse de su ocurrencia del “impuesto negativo sobre la renta” para justificar la implantación de una “renta social mínima” so pretexto de la lucha contra la pobreza.

Y en cuanto a la tan cacareada como debilísima en el fondo “crítica” de Friedman a Keynes, en última instancia se queda solo en el raquítico argumento empírico de que el consumo parece comportarse como si fuera una función permanente de la renta. Pero debemos preguntarnos, ¿qué pasaría si este dato empírico de validez, a lo sumo, históricamente contingente, pareciera cambiar de comportamiento en el futuro? ¿Entonces las propuestas de la macroeconomía Keynesiana, cuyo enfoque y metodología, por cierto Friedman abrazó en su totalidad, podrían de nuevo rehabilitarse? Parece, por tanto, que el calificativo de “inocente útil” al monetarismo de Friedman está más que plenamente justificado; y también que Hayek tenía plena razón cuando afirmó que, después

de la “Teoría General” de Keynes, el libro que más daño ha hecho a la Ciencia Económica ha sido los “Ensayos de Economía positiva” de Milton Friedman (Hayek 1997, pp. 139-140). Y es que, en la batalla cultural contra los estatistas dentro de la Ciencia Económica, con este tipo de amigos liberales e “inocentes útiles”, parece que los defensores del gran mensaje de la Economía a favor de la libertad ya tienen de entrada más que suficiente a lo que enfrentarse, antes de emprender la lucha contra los estatistas “oficiales”, que son sus principales adversarios.

Por otro lado, y dentro del campo de los periodistas y de los que Hayek denomina “Second-Hand Dealers of Ideas”, también son legión los “inocentes útiles”, por ejemplo hoy quizás encabezados por el prestigioso columnista del *Financial Times* Martin Wolf, que especialmente en la parte final de su carrera no para de justificar recetas de marcado carácter estatista para solucionar todos los problemas económicos del mundo. Dentro del campo de las Instituciones resaltan los casos de importantes universidades e instituciones privadas que, ante el temor de perder respetabilidad “científica” y ser tachadas de políticamente incorrectas, no dudan en rendirse con armas y bagajes a los postulados de las corrientes pseudocientíficas. Y lo mismo puede decirse de algunos think tanks y de muchos premios y distinciones académicas, en los que prima el ir siempre sobre seguro y “no equivocarse”, por lo que también suelen dar prioridad en sus criterios de selección a la tiranía del pensamiento keynesiano, del consenso y de lo políticamente correcto.

Cómo ganar la “batalla cultural” a los estatistas dentro de la Ciencia Económica. Principios tácticos y estratégicos

Y llegados a este punto, vamos ahora a proponer un breve diseño de lo que podría ser una estrategia efectiva para revertir el penoso estado de nuestra disciplina y enfrentarnos con éxito a los estatistas culturales que la dominan.

En primer lugar, el objetivo estratégico a largo plazo consiste en seguir investigando con constancia y sin descanso todas las implicaciones del orden espontáneo del mercado y de los procesos de creatividad y coordinación de la cooperación social voluntaria.

Debemos desenmascarar y poner de manifiesto continuamente todos los efectos de desajuste, conflicto y descoordinación que genera el estatismo en todas las parcelas sociales en las que incide y en la medida en que impacta sobre la interacción humana voluntaria. Y ello porque toda intervención del Estado se basa en observaciones empíricas parciales siempre obsoletas e históricamente contingentes y que no recogen los procesos que espontáneamente se desencadenan para solucionar cada problema. Procesos espontáneos de coordinación que cuando actúa la coacción estatal se bloquean de forma que los problemas y desajustes, lejos de resolverse, se agravan aún más (Kirzner, 1985, p. 136-145). Como se ve, el campo que se abre para el investigador independiente es literalmente inmenso. Porque, como economistas, debemos dedicar nuestros máximos esfuerzos a la búsqueda incansable de la verdad científica sin ningún tipo de sesgos estatistas. Y aquí, el liderazgo, tanto en cuanto al método investigador, como en lo que respecta a la consolidación de los logros ya alcanzados y a las nuevas líneas de investigación pendientes de culminar o emprender, corresponde a la Escuela Austriaca de Economía que, desde su fundación, ha luchado contra viento y marea y nunca ha evitado ninguna batalla intelectual contra el estatismo para defender, hacer avanzar y consolidar el triunfo de la Ciencia Económica.

Por tanto, los investigadores nunca debemos caer en el derrotismo ni quedarnos en nuestra torre de marfil, asistiendo como testigos impasibles a la agresión diaria que a favor del estatismo desarrollan los arrogantes seguidores de las diferentes corrientes reaccionarias. Por contra, el economista debe denunciar continuamente y sin descanso ni reparo alguno cada manifestación de la reacción pseudocientífica: sin bajar nunca la guardia, desmontando el error siempre y allí donde surja, explicando sus a menudo gravísimas consecuencias y, en suma, poniendo en evidencia ante la Humanidad a sus responsables. Y es que, en el campo de las ideas científicas ni se admiten concesiones, "ni se hacen prisioneros". Y todo ello con una constancia y entusiasmo incansables, actitud vital que inspirándonos en la inmortal obra de Cervantes podríamos describir así: "No importa que sean gigantes o molinos, cuando el penacho de nuestra cimera se mueve a los vientos de la tenacidad y de la fe".

Y aunque ninguno estemos libres de pecado, no debemos caer en el error cometido incluso por economistas austriacos tan punteros como el propio Hayek (que aquí también pudo llegar a acercarse, al menos en el ámbito de las formas, a la categoría de “inocente útil”), al considerar caballerosamente que los adversarios intelectuales pueden haber sido víctimas de un simple desliz o error científico. Sino que hay que ir mucho más allá, denunciando siempre que sea preciso las graves implicaciones sociales del supuesto “simple error”, y el origen y carácter reaccionario y pseudocientífico del mismo. Basta de “caballerosidades” y de concesiones a lo “políticamente correcto” en el ámbito de la Ciencia Económica: es mucho lo que se está jugando la Humanidad como para caer en este tipo de debilidades que, cara al exterior, corren el riesgo de ser mal interpretadas y, sobre todo, de hacer que los principios económicos esenciales pasen desapercibidos y sean ignorados, como cuando se presentan de forma temerosa o pusilánime. Y aquí, podemos recurrir de nuevo a nuestros clásicos y, en concreto, al gran Francisco de Quevedo para realzar la valentía que ha de caracterizarnos en la búsqueda de la verdad científica cuando dijo: “No he de callar por más que con el dedo, ya tocando la boca o ya la frente, silencio avises o amenazas miedo ¿No ha de haber un espíritu valiente? ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? ¿Nunca se ha de decir lo que se siente? Hoy, sin miedo que libre escandalice, puede hablar el ingenio asegurado de que mayor poder le atemorice”.

Otro principio fundamental es el de introducirnos dentro del marco institucional estatista que domina la Economía, con el objetivo de minarlo y destruirlo, en términos científicos, desde dentro. Aquí el principal riesgo radica en la posible tentación de hacer concesiones inadmisibles en términos científicos para garantizarnos una posición y carrera profesional que nos dé eco y “respectabilidad” científica. Por mi experiencia personal y la de muchos de mis colaboradores, entre los que destacan los profesores Miguel Ángel Alonso y Philipp Bagus hoy aquí presentes, puede afirmarse que, aunque muy difícil, es posible escalar dentro del sistema de acreditaciones gubernamentales, publicaciones forzadas en revistas JCR, y departamentos de economía y universidades financiadas públicamente, sin traicionar ningún principio científico esencial y liderando sistemáticamente desde dentro del sistema su posible reforma

y dismantelamiento y la crítica científica al estatismo. Todo lo cual, por cierto, es una ilustración más de lo mal que funciona el Estado y de cómo, y muy a su pesar, siempre deja intersticios abiertos entre los que podemos introducirnos subrepticamente para destruirlo desde dentro.

Y en paralelo, también es esencial aprovechar todas las posibilidades tácticas de las nuevas tecnologías en el ámbito de la llamada inteligencia artificial y de las comunicaciones, redes sociales, vídeos en YouTube, podcasts, cursos de economía científica online, etc., que están hoy disponibles y permiten poner en evidencia, literalmente a la velocidad de la luz, todos los sesgos estatistas de la contrarrevolución pseudocientífica que literalmente infecta nuestra disciplina con el grave daño social que generan. En este ámbito realmente nos encontramos ante un cambio total de paradigma que está acabando con los medios tradicionales estatistas que hasta ahora monopolizaban la difusión científica.

Conclusión: El estudio del Anarcocapitalismo como culminación de los efectos revolucionarios de la Ciencia Económica

Y concluimos, ¿es posible impulsar el dismantelamiento del Estado con las enseñanzas de la Ciencia Económica? Este es el gran desafío actual de nuestra Ciencia: desembarazarnos de la contrarrevolución reaccionaria que está empeñada en mantener y justificar como sea, el poder coactivo, sistemático y monopolista de los estados y sus gobiernos; y abrir de una forma definitiva y para siempre todas las parcelas sociales a la cooperación voluntaria y a la interacción humana en libertad. De manera que incluso la Justicia, el orden “público” y la prevención, represión y sanción del delito sean proporcionados por procesos de mercado basados en la cooperación voluntaria. Demostrar que tal objetivo estratégico no solo es posible sino además la única vía para impulsar la civilización y el crecimiento sin límites del bienestar y número de seres humanos, es el gran desafío de nuestra Ciencia. Y ésta solo continuará avanzando si culmina su Gran y Original Descubrimiento de los efectos creativos y coordinadores del orden voluntario del mercado y del gran daño que hace a la Humanidad la coacción institucional del Estado.

En suma, el triunfo definitivo en la guerra que estamos llevando a cabo dentro de la Ciencia Económica contra el “estatismo cultural” que hoy la corrompe y encorseta, solo se culminará con la plena elaboración teórica primero, y completa plasmación práctica después, del ideal libertario del sistema anarcocapitalista. De que este ambicioso programa científico llegue a culminarse dependerá, sin duda alguna, que en el futuro la Humanidad pueda expandirse exponencialmente con una prosperidad que hoy, por su grandeza y complejidad, ni siquiera podemos llegar a imaginar.

Muchas gracias.

Referencias Bibliográficas

- Bastiat, Frédéric (2009). *Obras escogidas*, Unión Editorial, Madrid.
- De la Boétie, Étienne (2022). *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Unión Editorial, Madrid.
- Böhm-Bawerk, Eugen von (2022). *La teoría de la explotación*, Unión Editorial, Madrid.
- (2000). *La conclusión del sistema marxista*, Unión Editorial, Madrid.
- Hansen, Lars Peter. “Purely Evidence — Based Policy Does Not Exist”, *Chicago Booth Review*, 11 de febrero de 2019.
- Hayek, Friedrich A. *The Counter-Revolution of Science*, Free Press, Nueva York, 1955 (edición española de Unión Editorial, Madrid 2023).
- (2020). *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, The University of Chicago Press, Chicago 1988. 3ª edición volumen I, *Obras completas de F. A. Hayek*, Unión Editorial, Madrid.
- (1997). *Hayek sobre Hayek: un diálogo autobiográfico*, volumen I, *Obras completas de F. A. Hayek*, Unión Editorial, Madrid.
- (2022). “La pretensión del conocimiento”, en *Sobre el conocimiento*, Unión Editorial, Madrid.
- Huerta de Soto, Jesús. *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid 1992 (7ª edición 2024).
- (2010). *La escuela Austriaca: mercado y creatividad empresarial*, Editorial Síntesis, 2ª edición, Madrid.
- (2010). *The Theory of Dynamic Efficiency*, Routledge, Londres.

- (2023). *Statism and the Economy: The Deadliest Virus*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Kirzner, Israel (1985). “The Perils of Regulation: A Market Process Approach” en *Discovery and the Capitalist Process*, The University of Chicago Press.
- Milei, Javier (2024). *Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica*, Unión Editorial, Madrid.
- Mises, Ludwig von (2019). *El socialismo: análisis económico y sociológico*, 8ª edición, Unión Editorial, Madrid.
- (2022). *Caos planificado*, Unión Editorial, Madrid.
- Oppenheimer, Franz (2014). *El estado*, Unión Editorial, Madrid.
- Popper, Karl (1965). *The Open Society and its Enemies*, Princeton University Press, Princeton.
- Rallo, Juan Ramón (2022). *El Anti-Marx: Crítica a la economía política marxista*, Deusto, Bilbao.
- Romer, Paul. *The Trouble with Macroeconomics*, Stern School of Business, Nueva York, septiembre 2016.
- Rothbard, Murray N. (2021). *La anatomía del estado*, Unión Editorial, Madrid.
- Stigler, George. *The Citizen and the State*, The University of Chicago Press, Chicago, 1975, pp. 1-13.

